

FREUD en España

Por ENRIQUE GUARNER

LOS esfuerzos para que las ciencias se implantaran en la Península Ibérica siempre tropezaron con la oposición de los conservadores. Es por ello que tanto las teorías de Darwin acerca de la Evolución, como las de Einstein con respecto a la Relatividad no fueron fácilmente aceptadas por considerarse como insubordinación contra la religión católica.

Sin embargo, resulta curioso el que la «Comunicación preliminar sobre la histeria» de Joseph Breuer y Sigmund Freud apareciera en la «Gaceta Médica de Granada» en 1893, casi al mismo tiempo que la edición alemana.

Es más, el «freudianismo» como una nueva doctrina fue aceptada con pocas reservas por algunos de los primeros psiquiatras españoles, y José Sanchis Banus incluía sus aportaciones en los cursos que impartía en la Universidad Central de Madrid. Este médico había nacido en Valencia en 1892 y al llegar la república fue diputado socialista en las Cortes Constituyentes. También Enrique Fernández Sanz en su libro sobre «La Histeria» de 1914, hacía una extensa exposición acerca del inconsciente y es casi seguro que en su práctica aplicara el psicoanálisis, aunque fuera en forma silvestre. Algunos discípulos de los anteriores como Gonzalo Lafora y José María Sacristán escribieron artículos en los que dejaban entrever la influencia de la ciencia recientemente iniciada. Lafora afirmaba:

«La crítica moderna ha aceptado muchos de los puntos de vista de Freud, como la importancia del inconsciente, la intervención dentro de la vida psíquica de las reminiscencias infantiles. Las manifestaciones de lo reprimido y su exteriorización simbólica en los sueños y los actos fallidos. Igualmente el origen de las distracciones y los chistes. Sin embargo, no creo que la sexualidad invada por entero a los mecanismos psicológicos en nuestra vida». Este último razonamiento partía del influjo de Santiago Ramón y Cajal, quien había sido maestro de Lafora. En realidad, el famoso histólogo que en un principio mostró interés en las ideas de Freud, las cuales aplicó inclusive en su práctica privada, las abandonó completamente sumergiéndose por entero en el estudio del sistema nervioso.

Uno de los personajes cruciales de esta época como era el filósofo José Ortega y Gasset, sintió la influencia del psicoanálisis. Esto ocurrió cuando estudiaba en Marburgo donde comenzó a leer a Freud. Fue por ello que en 1917 al retornar a España convenció a José Ruiz Castillo, director de Biblioteca Nueva, para que obtuviera los derechos de la obra para traducirla al castellano.

El encargado de llevar a cabo la traslación fue el periodista Luis López Ballesteros, director del «Imparcial», quien hablaba el alemán por haber sido corresponsal en aquel país. La calidad literaria del trabajo ha sido siempre reconocida, más no la precisión con la que se utilizaron los términos psicoanalíticos. Cuando Sigmund Freud recibió el texto lo certificó declarando la traducción correcta porque en su juventud había tenido la oportunidad de leer: «El inmortal Don Quijote en el original cervantino, lo que me llevó a aprender sin maestro la bella lengua castellana». Según Ernest Jones cuando adolescente el descubridor del psicoanálisis fundó una agrupación secreta a la que denominó «Catalana».

Los volúmenes que fueron apareciendo se revisaban en la famosa «Revista de Occidente» que dirigía el mismo Ortega y Gasset. Es así como «La interpretación de los sueños» resultó analizada por Lafora y «El yo y el ello» por Sacristán.

En 1922 y antes incluso que en ningún otro idioma las «Obras Completas» de Freud se publicaron en español. Esto dio lugar a la polémica entre los defensores como Sanchis Banus y los opositores encabezados por José María de Villalonga, quien había estudiado en Suiza con Von Monakow y Bleuler. Su argumento era que los seguidores del genio vienés estaban enamorados con la novedad y que la sexualidad no nos hacía más o menos neuróticos.

Extrañamente un médico toledano nació en 1887, Gregorio Marañón había introducido la Endocrinología en España y su interés en la vida sexual de los pacientes, dio cabida a la teoría de la libido. En su libro «Las secreciones internas y su significado» llegó a afirmar: «Le debemos a Freud la prueba indudable de la existencia de la sexualidad infantil, la cual se manifiesta en los mismos juegos».

En 1939 cuando Marañón conoció a Freud en el ocaso, en una cena en la casa de Maria Bonaparte en París, le dijo que era «El último pensador romántico que existía en la humanidad».

Absurdamente en el periodo que abarca de 1920 a 1930, España produjo más obras de teatro relacionadas con el psicoanálisis que terapeutas. Una de ellas fue la del torero Ignacio Sánchez Mejía que se intitulaba «La sinrazón» y que se estrenó en Madrid en 1928. El diestro, que

poseía una buena cultura aseguraba: «La locura es lo que para la persona normal constituye el sueño. Por lo tanto, un loco es una persona que constantemente sueña». El modelo de psiquiatra que presentaba Sánchez Mejía se derivaba de su contacto con Lafora, quien era buen amigo suyo.

También por esas mismas fechas Manuel Machado incorporó a un analista en el drama que intituló «Las adelfas», en el cual señalaba que el sueño salvaguarda el dormir».

El humorista gallego Julio Camba en «Sobre casi todo» de 1928, hacía una burla del psicoanálisis manifestando: «Decididamente las teorías de Freud son algo superior a un pasatiempo ingenioso. El psicoanálisis triunfa y en la actualidad atentos como estamos a las solicitudes del inconsciente nadie se encuentra seguro de sí mismo. Uno cree que ama a sus hijos y que respeta a sus padres, que no desea a la mujer del prójimo, ni ambiciona la fortuna ajena, pero, ¿y nuestro inconsciente? ¿Participará de estos honestos secretos?».

«Hasta ahora el inconsciente estaba relegado en el mundo a un verdadero estado de esclavitud. Nadie hacía el menor caso de él, como no fuese para encomendarle ciertos trabajos mecánicos, como por ejemplo transportar al consciente en bicicleta. El consciente es un mal ciclista. Conscientemente en efecto pensando en darle ahora a este pedal y luego al otro es muy difícil conservar el equilibrio. Tampoco hay medio de escribir con alguna rapidez si se procura ordenar conscientemente los signos ortográficos por lo que cuando uno escribe una carta se la dicta al consciente. Todo esto lo sabíamos y el inconsciente siempre ha gozado de estimación como secretario, pero nada más. ¿Quién hubiera pensado nunca, pongamos por caso, cómo tendremos que hacer ahora, consultar al inconsciente un proyecto de matrimonio?».

Además de lo anteriormente señalado la generación de 1927, que incluía a García Lorca, León Felipe, Dalí y Luis Buñuel fue influida por Freud. Véase la importancia de los sueños en «Mi último suspiro» del director de cine aragonés. El pintor Salvador Dalí realizó uno de los dibujos póstumos del descubridor del psicoanálisis. Por cierto, que cuando le entregó el retrato y se despidió, Sigmund Freud le dijo a Ernest Jones: «¡Qué típico ejemplo del fanático español!».

El psicoanálisis ortodoxo fue introducido en España por Angel Garma, quien al trabajar en la clínica de Marañón observó el interés que allí existía por la nueva ciencia. Fue por ello que en 1928 se dirigió a Berlín en donde se analizó con Teodoro Reik. A su regreso a la Península comenzó con cierta oposición por parte de algunos psiquiatras, su práctica privada como terapeuta.

Cuando en julio de 1936 estalló la Guerra Civil, Garma emigró primero a Francia y posteriormente a la Argentina en donde fundó la Asociación Psicoanalítica de aquel país. De la misma manera Miguel Prados, hermano del poeta Emilio, que vivió en México huyó a Canadá iniciando en aquel país el psicoanálisis, donde tuvo el apoyo de la Universidad McGill en Montreal.

El triunfo de Francisco Franco en 1939 trajo como consecuencia la oposición a Freud. El análisis se excluyó de cualquier enseñanza y a priori se le negó utilidad alguna. Parte del problema se derivaba de la mojonada sociedad española, pero debo agregar que la noción de la existencia de una conciencia moral represora que el terapeuta tuviera que reducir, resultaba peligrosa.

Los autores franquistas se refugiaban en conceptos vagos y difusos. José López Ibor escribió en 1951 «La agonía del Psicoanálisis» en el que citaba el «instituto de perfección» para detener los impulsos enfermos. Pedro Lain Entralgo dedicaba sus obras a ideas abstractas indescifrables y José Rof Carballo se guarecía en una medicina psicossomática inentendible.

La psiquiatría oficial estaba en manos del mediocre Vallejo Nájera, quien nunca aportó nada que pudiera disgustar a la Iglesia Católica.

En 1948 se volvieron a editar las Obras Completas de Freud pero ahora en una edición de lujo para restringir su venta. Se reemplazó el prólogo de Ortega y Gasset por uno en el que se afirmaba: «desgraciadamente Freud y su escuela no han intentado desarrollar una psicología empírica sana».

Afortunadamente la sombra del dictador desapareció y desde 1975 puede decirse que la ciencia que mejor estudia a la mente humana florece en España.